

FCM
18
FESTIVAL CULTURAL DE MAYO
GUADALAJARA • JALISCO • MÉXICO • 2015

UK
MX

REINO
UNIDO –
MÉXICO
2015

GREAT
BRITAIN

MEXICO

HENRY V

de Sir William Walton

Música de la película de Laurence Olivier

Orquesta Filarmónica de Jalisco
Garry Walker, director invitado
Mario Iván Martínez, narrador
Coro del Estado de Jalisco
Sergio Hernández, director del coro

Traducción del guión del Narrador

SINÓPSIS

1.- Prólogo.

Londres, 1 Mayo de 1600. La cartelera anuncia una nueva producción en el teatro The Globe sobre “La vida del rey Enrique V” y su batalla librada en Agincourt, Francia, escrita por William Shakespeare. El retrato de un panorama estilizado en el Londres del siglo XVII se acerca lentamente hacia el The Globe, donde el llamado de una trompeta anuncia que el teatro estrena su temporada. Una obertura musical comienza desde la galería. El coro entra e introduce la obra.

2.- Interludio: At the Boar’s Head.

Después de las peculiares réplicas entre Bardolf, Nym y Pistol, la balada “Watkin’s Ale” es interpretada como un pasacalle sombrío. El delirante Falstaff, atendido por Mistress Quickly, recuerda su último encuentro con el príncipe Hal, o mejor dicho el nuevo rey Enrique, y la forma en la que éste lo rechazó brutalmente.

3.- Embarkation.

Un llamado a las armas antecede la salida de la flota inglesa desde Southampton al embarcarse en la campaña fancesa.

4.- Interludio: “Touch her soft lips and part’.

Después de la muerte de Falstaff, Pistol y sus acompañantes se despiden de Mistress Quickly afuera de la taberna The Boar’s Head, en Eastcheap, antes de partir igualmente hacia Francia.

5(i).- Harfleur.

El asedio de los muros de Harfleur describe a las fuerzas inglesas transportando la artillería y Enrique exhortando a sus hombres a asumir una conducta bélica y terrible.

5(ii).- The Night-watch.

En una escena de tensa tranquilidad y profunda anticipación previas a la batalla, los ejércitos de Francia e Inglaterra levantan sus campamentos para la noche. El rey camina entre las tiendas, dando esperanza y consuelo, al mismo tiempo en que reflexiona sobre la vanidad del reinado. Finalmente reza por sus hombres y el encuen-

tro que les aguarda.

6.- Agincourt.

Al despuntar el día los franceses se encuentran de buen humor y se les ve vistiéndose las armaduras. Enrique sube a una carreta desde donde declama el discurso del “Día de San Crispín” a los hombres reunidos a su alrededor. Comienzan las preparaciones para la batalla y Enrique rechaza a Montjoy, heraldo francés, quien ha venido a demandar un tributo en lugar de la batalla. Los franceses hacen sonar sus tambores de guerra; los arqueros ingleses preparan sus arcos, y la música describe el tempo cada vez más acelerado de la marcha francesa. Se produce una lucha encarnada, y el clímax muestra una infantería francesa metida en aprietos. Entonces, una nueva oleada de la caballería francesa avanza sobre la colina y al dirigirse a través de un bosque, hombres de la infantería inglesa les brincan al paso desde los árboles. La batalla resulta en favor de los ingleses, y una calma inquietante sucede al más grandioso clímax. Enrique nombra la batalla igual que el castillo cercano de Agincourt, después de lo cual el ejército marcha en procesión al pueblo de Agincourt al ritmo de los heroicos compases de la “Canción de Agincourt”.

7.- Interludio: At the French Court.

El gran salón del Palacio del Louvre sirve de escenario tanto para el cortejo de Enrique con la princesa Katherine, como para un exitoso tratado de paz, negociado por el elocuente Duque de Borgoña.

8.- Epílogo.

El rey de Francia le da a Enrique la mano de su hija en matrimonio, y después de las celebraciones, la escena regresa al mismo teatro The Globe. El coro sale de escena, y aparecen los créditos finales que incluyen “Música por William Walton”.

I Prólogo.

OH! ¡Quién tuviera una musa de fuego para escalar el cielo más resplandeciente de la invención! ¡Un reino por teatro, príncipes como actores y monarcas para espectadores de la escena sublime! Entonces, apareciendo bajo sus rasgos verdaderos, el belicoso Harry se presentaría con la apostura de Marte; y veríanse, acoplados como sabuesos, el hambre, la guerra y el incendio tendidos a sus pies en disposición de ser empleados. Pero todos vosotros, nobles espectadores, perdonad al genio sin llama que ha osado llevar a estos indignos tablados un tema tan grande. Este circo de gallos, ¿puede contener los vastos campos de Francia? O ¿podríamos en esta O de madera hacer entrar solamente los cascos que asustaron al cielo en Agincourt? ¡Oh!, perdón, ya que una reducida figura ha de representaros un millón en tan pequeño espacio, y permitidme que contemos como cifras de ese gran número las que forje la fuerza de vuestra imaginación. Suponed que dentro de este recinto de murallas están encerradas dos poderosas monarquías, a las cuales el peligroso y estrecho océano separa las frentes, que se amenazan y se disponen a chocar. Suplid mi insuficiencia con vuestros pensamientos. Multiplicad un hombre por mil y cread un ejército imaginario. Cuando os hablemos de caballos, pensad que los veis hollando con sus soberbios cascos la blandura del suelo: porque son vuestras imaginaciones las que deben hoy vestir a los reyes, transportarlos de aquí para allá, cabalgar sobre las épocas, amontonar en una hora los acontecimientos de numerosos años, por lo cual os ruego me aceptéis como reemplazante de esta historia, a mí, el coro, que vengo aquí, a manera de prólogo, a solicitar vuestra amable paciencia y a pedir os que escuchéis y juzguéis suave e indulgentemente nuestro drama.

II Interludio: At the Boar's Head.

Falstaff ha muerto!

El rey le ha destrozado el corazón.

¡Dios salve a tu Gracia, rey Hal, mi real Hal!

¡Dios te salve, muchacho querido!

¡Mi rey! ¡Mi Júpiter! ¡Es a ti a quien hablo, mi corazón!

No te conozco, anciano. Ve a tus oraciones.

¡Qué mal sientan los cabellos blancos a un loco y a un bufón! Largo tiempo he soñado con un hombre de esa especie, tan hinchado por la orgía, tan viejo y tan profano. Pero, despierto, he despreciado mi sueño.

No me contestes con una bufonada. No presumas que soy lo que fui; porque el cielo lo sabe y el mundo se apercibirá, que he despojado en mí el antiguo hombre y que otro tanto haré con aquellos que fueron mis compañeros.

III Embarkation.

Ahora toda la juventud de Inglaterra está en fuego y los trajes de seda de las fiestas depositados en el guardarropa. Ahora medran los armeros, y el sentimiento del honor reina por sí solo en los pechos de todos los hombres. Venden sus pastos para comprar un caballo; siguen todos, con los talones alados como otros tantos Mercurios Ingleses, a ese espejo de reyes cristianos. Porque ahora la esperanza está en el aire y oculta una espada que desde el puño a la punta ensarta las coronas imperiales, condales y de barones, prometidas a Harry y sus secuaces...

El Rey ha salido de Londres y la escena se ha transportado ahora, caballeros, a Southampton. Aquí está en estos momentos nuestro teatro y aquí es menester que os personéis. Desde aquí os conduciremos a Francia y os retornaremos con toda seguridad, teniendo cuidado de utilizar un encantador canal estrecho para que os proporcione una agradable travesía; pues, en cuanto nos sea posible, no queremos que nuestro drama produzca mareos ni a un solo estómago.

Suponed que habéis visto al rey, acompañado de sus fuerzas, embarcar su realeza y su brava flota, con sus grímpolas de seda, que hacen el oficio de abanicos para el joven Febo. Apelad a vuestra fantasía y ved por sus jarcias de cáñamo trepar a los grumetes; escuchad el agudo silbido que domina a los sonidos confusos; contemplad las velas de tela infladas por el viento, que se pega invisible a ellas y empuja a los enormes navíos, a través de los surcos del mar, que hienden las encrespadas olas.

¡Oh! Tratad de pensar que estáis sobre la orilla y que observáis una ciudad bailando sobre las olas inconstantes. Pues tal es el espectáculo que presenta esta flota majestuosa al dirigir su marcha recta hacia Harfleur. ¡Seguidla, seguidla!

¡Alegremente a la mar! ¡Avanzad los estandartes de guerra! No hay más rey de Inglaterra, si no es al mismo tiempo rey de Francia.

IV Interludio: “Touch her soft lips and part”.

¡Adiós, adiós, Divina Zenócrata! ¿No es hermoso ser rey y cabalgar en triunfo a través de Persépolis? Tocad su dulce boca y luego partamos.

V i) Harfleur.

¡Una vez más a la brecha, queridos amigos; una vez más, o tapiemos la línea de sus murallas con nuestros muertos ingleses! En tiempo de paz, nada conviene al hombre tanto como la modestia tranquila y la humildad; pero cuando la tempestad de la guerra sopla en nuestros oídos, no es preciso imitar la acción del tigre; poner en tensión nuestros nervios, hacer llamamiento a nuestra sangre, disimular el noble carácter bajo una máscara de furia y de rasgos crueles; así, pues, dotad a vuestros ojos de una terrible mirada; que vigilen a través de las torneras de la cabeza como cañones de bronce; que las cejas los dominen tan tremendamente como una roca minada domina y aplasta su corroída base socavada o del océano salvaje y devastador. Vamos, ¡enseñad los dientes y abrid de par en par las ventanas de vuestras narices! ¡Contened vuestro aliento y elevad nuestro espíritu a la mayor altura! ¡Adelante, adelante, nobles ingleses, que tenéis en vuestras venas la sangre de los padres probados en la guerra, de padres que, parecidos a otros tantos Alejandro, combatieron en esas regiones desde la mañana hasta la noche, y no envainaron sus espadas hasta que les faltó tema de lucha! ¡No deshonoréis a vuestras madres; atestigüad los que llamáis padres son los que os han engendrado! ¡Servid hoy de modelos a los hombres de sangre menos noble, y enseñadles como hay que batirse! ¡Y vosotros, bravos “yeomen” cuyos miembros fueron fabricados en Inglaterra, mostrándonos aquí el vigor de las comarcas que os crían; forzádnos a jurar que sois dignos de vuestra raza, lo que no dudo, porque hay uno solo de vosotros, por vil y bajo que sea, cuyos ojos no brillan en una noble llama! Os veo en la actitud de lebreles de trailla, estremecidos de cólera en el instante de ser desatados. ¡Se ha levantado la caza! Seguid vuestro entusiasmo; y en este asalto, que vuestro grito sea: ¡Dios para Harry, Inglaterra y San Jorge!

El ágil artillero toca ahora con su mecha a los diabólicos cañones. Y todo se desploma delante de ellos.

V ii) The Night-Watch.

Imaginaos ahora este instante en que los murmullos se arrastran discretamente y las espesas tinieblas llenan el gran navío del universo. De uno a otro campamento, a través del seno de la niebla de la noche, resuena tan distintamente el zumbido de cada ejército, que los centinelas en sus puestos escuchan casi los secretos cuchicheos que se cambian entre sus guardias respectivas. Las hogueras responden a las hogueras, a través de sus pálidas llamas cada ejército distingue el frente sombreado del otro. Los corceles desafían a los corceles con sus sonoros y andaces relinchos, que horadan el sordo oído de la noche, y en las tiendas, los armeros, acabando de equipar a los caballeros, dan un terrible aviso de los preparativos que se hacen con el ruido de sus activos martillos, que cierran las charnelas de las armaduras. Los gallos cantan en el campo; el reloj suena y da la tercera hora de la mañana adormecida. Orgullosos de su número y seguros en su alma, los franceses, confiados y alegres por demás, se juegan a los dados los ingleses que consideran en bajo precio y reprenden a la imponente noche de marcha tardía, que, semejante a una sucia y horrible hechicera, se arrastra penosamente con paso cojo los pobres ingleses, condenados, parecidos a víctimas destinadas al sacrificio, permanecen sentados con resignación en torno de sus hogueras de guardia y rumian interiormente en el peligro que mañana van a descubrir. Su triste gesto, bien de acuerdo con sus largas mejillas enflaquecidas y sus deteriorados uniformes, les hacen aparecer al claro de la luna como otros tantos horribles fantasmas. ¡Oh! Quien contempla ahora al real capitán de este bando miserable, yendo de puesto en puesto y de tienda en tienda, grite: ¡Loado y glorificado será”, porque recorre las filas y visita todo su ejército, da los buenos días a sus soldados con una modesta sonrisa y los llama hermanos, amigos y compatriotas. Se diría, al ver su semblante real, que ignora el temible ejército que le rodea ni en sus mejillas han dejado la menor palidez las fatigas y la vela prolongada de toda la noche, pues tiene el tinte fresco y domina la laxitud mediante una apariencia de alegría y una majestad llena de dulzura; lo que a cada pobre diablo lánguido y descolorido antes, enfunde ánimos y hace que brillen sus miradas. Sus ojos, liberales como el sol, hacen regalo a todos de su luz, que funde el río del temor. Nobles y

burgueses, contemplad este débil bosquejo, dibujado con escasa pericia, de Harry en la noche.

¡Que eso recaiga sobre el rey! Nuestras existencias, nuestras almas, nuestras deudas, nuestras desconsoladoras viudas, nuestros hijos, nuestros pecados, ¡que el rey sea responsable de todo eso! Es preciso que nos respondamos de todo. ¡Oh dura condición, hermana gemela de la grandeza! ¡Es forzoso estar sometido a los propósitos de todo imbécil, cuya capacidad de sentir no va más allá del sentimiento de sus propios sentimientos! ¿De qué paz infinita, goce de los simples particulares, no están privados los reyes? Y ¿qué poseen los reyes que no posean también los simples particulares, si no es el ceremonial, el perpetuo ceremonial? Y ¿qué eres tú, ídolo del ceremonial; qué clase de dios eres, que sufres más los dolores mortales de los adoradores? ...

¿Qué bebes con demasiada frecuencia, en lugar de un tierno homenaje, sino la lisonja emponzoñada? ¡Oh poderosa grandeza, muéstrate enferma y ordena luego a tu ceremonial curarte! ¿Piensas que la fiebre abrasadora se irá bajo la influencia de los títulos inflamados por la adulación? ¿Cederá el sitio ante las genuflexiones y las profundas reverencias? ¿Podrías, al mismo tiempo que mandas en la rodilla del mendigo, mandar también en su salud? No; sueño soberbio, que juzgas tan sutilmente con el reposo de los reyes, soy un rey que te conoce bien y sé que ni el crisma de la unción, ni el cetro, ni el globo, ni la espada, ni la maza, ni la corona imperial... ni el trono sobre que se sienta, ni las altas orillas de este mundo; yo sé, digo, tres veces pomposo ceremonial, que nada de todo eso, depositado en el lecho de un rey, puede hacerle dormir tan profundamente como el miserable esclavo que, von el cuerpo lleno y el alma vacía, va a tomar su reposo, satisfecho del plan ganado por su miseria. Jamás ése contempla la horrible noche hija del infierno, sino que desde la salida basta la puesta del sol suda como un esclavo bajo la mirada de Febo y luego sueña toda la noche con el Elíseo, y cuando el día llega, después de la aurora, se levanta y ayuda a Hiperión a enganchar su corcel; y así sigue todo el curso del año, con trabajo provechoso hasta la tumba, salvo el ceremonial, ese tal mísero, que consagra sus jornadas al trabajo y pasa sus noches dormido, tiene de cierto la ventaja y la superioridad sobre un rey. El siervo, miembro de la paz del país, goza de su paz; pero su opaco cerebro se cuida poco de las vigilias que le ha costado el rey mantener ésta, de cuyas dulces horas disfruta mejor el aldeano.

VI Agincourt.

Este día es el de la fiesta de San Crispín; el que sobreviva a este día volverá sano y salvo a sus lares, se izará sobre las puntas de los pies cuando se mencione esta fecha, y se crecerá por encima de sí mismo ante el nombre de San Crispín. El que sobreviva a este día, y llegue a la vejez, cada año, en la víspera de esta fiesta, invitará a sus amigos y les dirá: «Mañana es San Crispín». Entonces se subirá las mangas, y al mostrar sus cicatrices, dirá: «He recibido estas heridas el día de San Crispín». Los ancianos olvidan; empero el que lo haya olvidado todo, se acordará todavía con satisfacción de las proezas que llevó a cabo en aquel día. Y entonces nuestros nombres serán tan familiares en sus bocas como los nombres de sus parientes: el rey Enrique, Bedford, Exeter, Warwick y Talbot, Salisbury y Gloucester serán resucitados por su recuerdo viviente y saludados con copas rebosantes. Esta historia la enseñará el buen hombre a su hijo, y desde este día hasta el fin del mundo la fiesta de San Crispín Crispiniano nunca llegará sin que a ella vaya asociado nuestro recuerdo, el recuerdo de nuestro pequeño ejército, de nuestro feliz ejército, de nuestro bando de hermanos; porque el que vierte hoy su sangre conmigo será mi hermano; por muy vil que sea, esta jornada ennoblecerá su condición, y los caballeros que permanecen ahora en el lecho en Inglaterra se considerarán como malditos por no haberse hallado aquí, y tendrán su nobleza en bajo precio cuando escuchen hablar a uno de los que hayan combatido con nosotros el día de San Crispín.

¡Despertad el recuerdo de aquellos muertos valientes, y con vuestro potente brazo renovad sus proezas! Sois su heredero; estáis sentado en su trono; la sangre y el valor que los hacían ilustres corren por vuestras venas; y mi tres veces poderoso soberano, os halláis en el mayo de vuestra juventud, maduro ya para las hazañas y las grandes empresas. El sol está ya en lo alto. ¡Ahora, soldados, adelante, y tú, Dios mío, dispón de este día según tu voluntad!

¡La jornada nos pertenece! Alabado sea Dios por ello, y no nuestra fuerza. ¿Cuándo, si no, sin estratagema alguna, por el hecho del simple choque y del juego natural del combate, se ha visto jamás una pérdida tan grande de un lado y tan pequeña de otro? ¡Toma la gloria de ello, Dios

mío, pues no pertenece a otro más que a ti!
Un castillo se alza aquí cerca; lo llaman Agincourt.
Entonces llamaremos a esta la batalla de Agincourt, combatida el día de San Crispín y San Crispiniano.
Cumplamos todas las ceremonias santas. Que se haga cantar un Non Nobis y un Te Deum; que los muertos sean caritativamente enterrados.
Y luego a Calais y de allí a Inglaterra donde no llegaron nunca de Francia gentes más felices.

VII Interludio: At the French Court.

¡Mis respetos para los dos, grandes reyes de Francia e Inglaterra, con igual efecto! Vuestras altezas me son ambos los mejores testigos de que, para llevar a cabo esta conferencia y esta entrevista real entre vuestras majestades soberanas, no he ahorrado ni los recursos de mi inteligencia, ni mis trabajos, ni mis más grandes esfuerzos. Puesto que mi empeño se ha logrado también, que estáis aquí, cara a cara, los ojos del uno frente a los del otro, no me desautoricéis si oso preguntáos, delante de esta real asamblea: ¿cuáles son los obstáculos y los impedimentos que se oponen a que la paz, cara nodriza de las artes, de la abundancia y de los venturosos nacimientos, hoy desnuda, pobre y mutilada, levante su amable rostro en nuestra fértil Francia, más hermoso jardín del mundo? ¡Ay! Demasiado tiempo hace que ha sido echada de nuestra Francia, y que todos sus instrumentos de riqueza yacen amontonados y se pudre con ellos en su propia fertilidad. Su viña, esta alegre consoladora del corazón, muere por falta de poda; sus secretos, en otros tiempos tan recortados, parecidos a los prisioneros cuya cabellera ha crecido en desorden selvático, crecen ahora en revueltos ramajes...

La pradera de plana superficie en donde crecen tan lindamente la prímula pecosa, la pimpinela y el verde trébol, careciendo de guadañas, resulta fértil al revés: produce con esterilidad y no abunda más que en odiosas romanças, cardos punzantes, bardanas, chirivías, y pierde así a la vez su belleza y su utilidad. Y lo mismo que nuestros viñedos, nuestros campos, nuestras praderas y nuestros sotos vuelven al estado salvaje, a consecuencia del abandono en que han caído, así nuestras familias, nosotros mismos y nuestros hijos perdemos las ciencias que serían provechosas par nuestro país; pero como los salvajes, contraemos toda suerte de hábitos monstruosos, blasfemias,

miradas feroces, vestidos estropeados. Para restituírnos a nuestro primer estado os he reunido, y mi discurso tiene por objeto rogaros que me digáis que obstáculo se opone a que la amable paz expulse estos accidentes perjudiciales y nos devuelva la bendición de sus favores precedentes.

VIII Epílogo.

El rey de Francia ha suscrito todos los artículos: primero, su hija; después, el resto, en el rigor de la palabra.

A fin de que los reinos rivales de Francia y de Inglaterra, cuyas orillas mismas se mueren de deseo por llevarse la dicha una a la otra, puedan ver cesar su odio, y esta cara unión implantarse también en sus corazones dulcificados por los sentimientos de buena vecindad y de fe cristiana, y que la fuerza jamás avance su espada sangrienta entre Inglaterra y la bella Francia.

Hasta aquí, con pluma ruda y bien inhábil, nuestro humilde autor ha conducido la historia.

Confinando en un pequeño espacio a hombres poderosos, mutilando con sus saltos la plena carrera de su gloria. Breve periodo en que, a pesar de corto, brilló con magnitud este astro de Inglaterra. La fortuna le sirvió de espada,

Con la que conquistó el jardín más hermoso del mundo y en él dejó a su hijo Señor Soberano.

Lo cual nuestra escena os ha mostrado a menudo -y, por ellos, que vuestra benévola opinión se digne aprobar la presente.



Secretaría de Cultura

GOBIERNO DEL ESTADO DE JALISCO



**Filarmonica
de Jalisco**

Marco Parisotto | *Director titular*